

Todos los oficiales se habían levantado y daban órdenes al mismo tiempo.

En menos de un minuto, el anciano, impasible siempre, fué empujado contra la pared y fusilado, no sin enviar sonrisas á su hijo Juan, á su nuera y á los dos niños, que contemplaban aquella escena con ojos extraviados.



UNA NOCHE DE PRIMAVERA

JUANA iba á casarse con su primo Santiago. Conocíanse desde niños, y el amor no tomaba entre ellos las ceremoniosas formas que conserva generalmente en el mundo. Se habían criado juntos, sin sospechar que se amaban. La moza, algo coqueta, hacía, sí, algunas monadas inocentes al joven; encontrábale apuesto y buen muchacho, y cuando le veía, después de una ausencia, le abrazaba de la mejor gana, pero sin estremecerse, sin ese espasmo que parece arrugar la carne desde la punta de las manos hasta el extremo de los pies.

Él, por su parte, se decía sencillamente: «Mi prima es muy linda»; y pensaba en ella con esa especie de ternura instintiva que de ordinario siente el hombre por una hermosa muchacha. Sus reflexiones no iban más lejos.

De pronto, he aquí que un día Juana oyó casualmente cómo su madre decía á su tía (á su tía Alberta, porque su tía Lisón permanecía soltera): «Te aseguro que esos muchachos se amarán inmediatamente: se ve bien claro. Y, por mi parte, confiésote que Santiago es el yerno que soñé.»

Y en seguida Juana adoró á su primo Santiago. Y se ruborizó al verle, temblando su mano en las manos del joven; bajó los ojos al encontrar su mirada, é hizo remilgos para dejarse abrazar por él; de manera que Santiago no tardó en ver claro dentro de su prima. Había comprendido, y en un impulso, en que había tanta vanidad satisfecha como afecto real, había rodeado con sus brazos á la doncella, murmurando á su oído: «¡Te amo, te amo!»

Desde entonces todo fueron mimos, galansterías y demás; un despilfarro de aquellas manifestaciones amorosas que su pasada intimidad emitía sin vacilaciones y sin miramientos. En el salón, Santiago abrazaba á su prometida delante de las tres ancianas, las tres hermanas, su madre, la madre de Juana y la tía Lisón. Paseábase á solas con ella días enteros por los bosques á lo largo del riachuelo, á través de los húmedos prados, cuya mojada hierba estaba

cubierta de flores campestres. Y esperaban el momento fijado para su unión sin impaciencia muy viva, pero rodeados, envueltos en una ternura deliciosa, saboreando el encanto exquisito de insignificantes caricias, apretones de dedos y miradas apasionadas, tan largas que las almas parecían confundirse, y vagamente atormentados por el deseo aún indeciso de las grandes caricias, sintiendo como inquietudes en sus labios que se llamaban, que parecían acacharse, esperarse, prometerse.

Muchas veces, cuando habían pasado todo el día en esa especie de tibieza apasionada, en esas platónicas ternuras, tenían por la noche como un enervamiento singular, y ambos dejaban oír hondos suspiros, sin saber por qué, sin explicarse la causa, suspiros hinchados por la espera.

Las dos madres y su tía, la tía Lisón, miraban aquel joven amor con risueña ternura. La tía Lisón, sobre todo, parecía trastornada contemplándoles.

Era esta señora una mujercita que hablaba poco, mostrábase poco, no hacía ruido, aparecía únicamente á las horas de comer y tornaba en seguida á su aposento, donde constantemente estaba encerrada. Tenía un bondadoso y vetusto aspecto y ojos

de mirar dulce y triste, y carecía de importancia en la familia.



Las dos hermanas, que se habían quedado viudas después de desempeñar su papel en la sociedad, teníanla en cierto modo por un ser insignificante. Se la trataba con una familiaridad sin distinguos, que ocultaba una especie de bondad algo despreciativa para la solterona. Llamábase Lisa, y había nacido cuando Béranger reinaba en Francia. Viendo que no contraía matrimonio, que indudablemente no se casaría, de Lisa se había hecho Lisón. Y en la actualidad era «la tía Lisón», una humilde anciana curiosilla, en extremo tímida hasta con sus parientes, que la amaban con afecto que participaba de la costumbre, la compasión y una benévola indiferencia.

Los niños nunca subían á abrazarla á su aposen-

to. Sólo la criada penetraba en aquella alcoba. Enviábase en su busca para hablarla. Apenas si se sabía dónde estaba situada aquella habitación, el aposento en que transcurría solitariamente toda aquella pobre vida. Nada significaba. Cuando no estaba presente no se hablaba de ella, no se pensaba en ella. Era uno de esos seres borrosos que viven desconocidos aun para sus propios parientes, como inexplorados, y cuya muerte no hace mella ni deja vacío en una casa; uno de esos seres que no saben entrar ni en la existencia, ni en las costumbres, ni en el amor de los que viven á su lado.

Caminaba siempre á cortos pasos presurosos y mudos, no haciendo nunca ruido, no tropezando jamás con nada, pareciendo comunicar á los objetos la propiedad de no emitir ningún sonido; sus manos se hubieran creído hechas de una especie de guata, á juzgar por lo ligera y delicadamente que se posaban sobre lo que tenían que tocar.

Cuando se decía: «tía Lisón», estas dos palabras no despertaban, por así decirlo, ningún pensamiento en el cerebro de nadie. Era como si se dijese: «la cafetera» ó «el azucarero».

La perra *Linda* tenía ciertamente una personali-

dad más marcada; acariciábasela sin cesar, se la llamaba: «querida *Linda*, hermosa *Linda*, *Lindilla*». Sería infinitamente más llorada.

El matrimonio de los dos primos debía celebrarse á fines del mes de Mayo. Los jóvenes vivían con los ojos en los ojos, las manos en las manos, el pensamiento en el pensamiento, el corazón en el corazón. La primavera, tardía aquel año, vacilante, temblorosa hasta entonces bajo las claras heladas de las noches y la brumosa frescura de las madrugadas, acababa de surgir súbitamente.

Algunos días calurosos, algo velados, habían removido toda la savia de la tierra, abriendo las hojas como por milagro y esparciendo en todo sentido ese perfume incitador de los capullos y las primeras flores.

Luego, una tarde, el sol victorioso, secando por fin las flotantes nubes, habíase mostrado, vertiendo su luz sobre el valle. Su clara alegría había llenado la campiña, había penetrado en todas partes, en las plantas, en los animales, en los hombres. Las enamoradas aves revoloteaban, sacudían las alas, se llamaban. Juana y Santiago, presa de una dicha deliciosa, pero más tímidos que de ordinario, inquietos

con aquellos espasmos nuevos que entraban en ellos con la fermentación de los bosques, habían pasado todo el día el uno al lado del otro sobre un banco ante la puerta del castillo, sin atreverse á alejarse solos y mirando vagamente, á lo lejos, en el estanque, á los altos cisnes que se perseguían.

Después, llegada la noche, se habían sentido calmados, más tranquilos, y, acabada la comida, habíanse asomado, hablando despacito, á la ventana del salón, mientras sus madres jugaban á los cientos en la claridad circular de la pantalla de la lámpara y la tía Lisa hacía medias para los pobres del país.

Un elevado bosque extendíase á lo lejos, detrás del estanque, y, en el follaje aún menudo de los altos árboles, la luna había de pronto aparecido. Poco á poco habíase ido mostrando á través de las ramas que se dibujaban sobre su disco, y, ascendiendo en el cielo, en medio de las estrellas, que borraba, vertía sobre el mundo esa luz melancólica en que flotan blancuras y ensueños, tan querida de los sentimentales, de los poetas, de los enamorados.

Los jóvenes habían comenzado por mirarla; luego, impregnados de la dulzura tierna de la noche,

de la claridad vaporosa de los céspedes y los macizos, habían salido á pasos lentos, y se paseaban pisando la blanda hierba que rodeaba el reluciente estanque.

Cuando terminaron las cuatro partidas de piqué de todas las noches, las madres, que se dormían poco á poco, sintieron ganas de acostarse.

—Hay que llamar á los muchachos—dijo una.

La otra recorrió con la vista el pálido horizonte, en el cual dos sombras vagaban suavemente.

—Déjalos—dijo—¡Hace tan bueno fuera!... Lisón los esperará; ¿no es verdad, Lisón?

La solterona alzó sus ojos inquietos y respondió con su tímida voz:

—Sí; los esperaré.

Y las dos hermanas se fueron á dormir.

Entonces la tía Lisón se levantó á su vez, y dejando sobre el brazo del sillón la labor comenzada, su lana y la larga aguja, fué á asomarse á la ventana y contempló la encantadora noche.

Los dos amantes iban y venían, á través del césped, del estanque al vestíbulo, del vestíbulo al estanque. Apretábanse los dedos y no hablaban, como salidos de sí mismos, confundidos con la visible



poesía que se desprendía de la tierra. De repente Juana distinguió en el marco de la ventana la silueta de la solterona, que dibujaba la claridad de la lámpara.

—¡Toma!—dijo—. La tía Lisón nos está mirando.

Santiago alzó la cabeza.

—Sí—murmuró—; la tía Lisón nos mira.

Y continuaron soñando, andando lentamente, amándose.

Pero el rocío cubría la hierba. Tuvieron un pequeño estremecimiento, ocasionado por la frescura de la noche.

—Volvamos ya á casa—dijo ella.

Y regresaron.

La tía Lisón había cogido otra vez su media cuando penetraron en el salón; tenía la cabeza inclinada sobre su trabajo, y sus pequeños dedos huesosos temblaban ligeramente, como fatigados.

Juana se le acercó.

—Tía, vámonos á dormir.

La solterona apartó los ojos. Teníalos enrojecidos, cual si hubiese llorado. Santiago y su prometida no se dieron cuenta de ello. Mas el joven se fijó en los finos zapatos de la moza, manchados de agua. Acometióle la inquietud, y preguntóla tiernamente:

—¿No tienes frío en tus adorados piececillos?



Y de pronto, los dedos de la tía fueron presa de un temblor tan fuerte, que la labor se le escapó; el ovillo de lana rodó por el suelo, y ocultando bruscamente la cara entre las manos, la solterona rompió en grandes sollozos convulsivos.

Los jóvenes corrieron á ella; Juana, de rodillas, apartó, trastornada, sus brazos, repitiendo:

—¿Qué tienes, tía Lisón? ¿Qué tienes, tía Lisón?

Entonces la pobre vieja, balbuciente, con la voz preñada de llanto y el cuerpo crispado por la pena, respondió:

—Es... es... por eso que te ha preguntado: «¿No tienes frío... en... tus adorados piececillos?...» Nunca... se me dijeron á mí tales cosas... ¡Nunca..., nunca!

